

LLAMA Y VUELO

(Guión: Hna. Matilde Seguí.

Textos en cursiva: Vble. M^a Teresa González Justo)

Soy hija de la Iglesia. Soy hija de Santa María Rosa Molas. Soy Hermana de Nuestra Señora de la Consolación.

Ahora que he entrado en el misterio de Dios y vivo en la consolación sin límites, mi corazón está, más que nunca, cerca de todos... está muy cerca de ti. Y a ti, quiero contarte algo de lo mucho que el Señor hizo en mí.

Dios, como un mar sin límites, me llenó de su Presencia. Dios me hizo llama, capaz de dar vida y amor. Dios, como un cielo sin fin, me hizo volar en libertad.

Dios me llamó a la vida y nací... Tenía para mí un plan de amor, que yo iría descubriendo paso a paso... Mis padres, Martiniano y Leonor, me dieron el nombre de Francisca. Paquita, me llamaban. En el Bautismo, la Presencia de Dios me inundó,, Un día descubrí el regalo maravilloso de experimentar que no estamos vacíos... que, desde dentro, Dios nos va dando forma.

Recuerdo mi vida en familia... Me empapaba de todo lo bueno que mis padres me iban transmitiendo. En aquella época feliz de mi infancia y adolescencia, aprendí a captar el simbolismo y la enseñanza de las imágenes sagradas de nuestros templos, el mensaje de sus piedras centenarias. El Señor me daba la capacidad, no sólo de mirar, sino de ver... de oír y entender... de recibir y aprender de El y de sus cosas.

Cuántas veces, en la penumbra silenciosa de un Templo, contemplaba con asombro la paradoja del pecado y del amor... Y en mí se hacía la luz... Si Jesús perdona hasta a aquel que le lleva a la muerte, ¿cómo no perdonar yo?. Si por su misericordia, El se entrega, ¿cómo no entregarme yo?.

Me sentía orante, en medio del ancho templo de nuestros campos. Si viajaba por mi tierra manchega, me hablaban de Dios los remansos de agua, escasos en nuestro paisaje, pero no por ello, menos llenos de vida... Paisajes evocadores, para mí, de otras tierras y otras aguas... Me sentía feliz, ante el pequeño consuelo que podía ofrecer al pobre, al enfermo. Me invadía un gozo indecible cuando era testigo del gran consuelo que experimentaba el hermano que se acercaba a Dios. Un rumor de aguas profundas se iba revelando en mi interior.

Mis padres tuvieron paciencia conmigo, Tengo que confesarte que no me empeñaba mucho en el estudio... prefería dar mi tiempo y mi escucha a los enfermos y los alimentos de la tienda de mis padres, a los pobres.

En mi pueblo los gitanos vivían en un barrio cerca de mi calle. No era fácil la vida para ellos, en aquella época... De vez en cuando me llevaba a casa a los pequeños. Los lavaba, les quitaba los piojos, les ponía ropa limpia y comíamos cosas buenas de las que vendía mi padre... ¡Imagínate cómo poníamos la casa y el

patio!... Ahí, debajo de la higuera, íarmábamos cada fiesta!. Ellos estrenaban una nueva alegría, y yo... sentía algo muy especial... Por entre las hojas de aquel árbol los ojos de mi alma intuían señales del amor de Jesús. Luego, ya sin hambre y límpios, les hablaba de Jesús y de la Virgen. Yo me sentía misionera... ¡Era bonito soñar!. En mi corazón cabían muchos rostros y mientras hacía lo que podía por los de cerca, los de lejos penetraban en mi alma como una semilla. También hubo travesuras, ¿sabes? ¡Y de todos los tamaños!

Pero con el tiempo las cosas iban cambiando. El rostro de los adultos se iba como llenando de presagios y yo... a los quince años, comencé a mirar a Jesús en la cruz, de un modo totalmente nuevo. Su dolor me dió la fuerza para no desfallecer.

El odio había encontrado caminos donde transitar. Fueron tiempos duros, los de la guerra civil española. Tiempos de injusticia y de lágrimas... Y la cruz llegó a mi casa. Para mi padre, cárcel y muerte, por ser católico. Después de la guerra reconocimos sus restos. Estaba sin manos y con muchas otras señales de tortura... Lloré, lloré mucho y en silencio... Y un día llegó la noticia: detrás de las rejas de la cárcel, un hombre iba a pudrirse en su pecado. El era el autor material de aquel crimen y lo iban a ajusticiar, tarde o temprano. Su familia estaba sin pan y sin honra... ¿Qué hacer?. En mi interior, la luz se hacía grande y potente, el amor rompía barreras y el perdón se abría paso. Durante siete meses acudí a la cárcel con una cesta de comida, lo que podía reunir... Con mis manos, Jesús le dió el pan y con mi voz, le hizo llegar la fe y la conversión. Y al fin, lo rescató para el cielo... Tenía yo, cuando esto ocurría, casi dieciocho años.

Yo, todavía entonces, soñaba en casarme. Dios me llamaba a la Vida Religiosa, pero como yo ni le entendía ni le quería entender, me lo tuvo que decir a través de un sueño: Era un campo inmenso, donde había un grupo enorme de sacerdotes, religiosos y religiosas. Y un tanto separado, un grupo muy pequeño. Y Jesús me dijo: -¿Ves ese grupo grande?. Sólo están en las cosas del mundo. Y ¿ves ese grupo tan pequeño?. Ellos son los que me aman de verdad. -*Jesús, ¿qué quieres de mí?*- le pregunté. -Que te consagres a mí en castidad, pobreza y obediencia... Que seas mi esposa. -*Lo seré, Esposo mío* -le contesté decidida. Y *Jesús me dió un beso en la frente. Luego, desperté. Aquel pacto revolucionó mi vida... Aquel beso dejó en mí su huella, un roce que no desaparecía.*

Esperé... tenía que discernir. Y a los veinte años partí para Tortosa, camino del Noviciado. Atrás quedaban mi madre, mis hermanas, mis amigos, el que fue mi novio. Fue una experiencia de plenitud en el vaciamiento, que me maduró y que jamás podría olvidar. Años más tarde, escribí en mi cuaderno del alma: "*Lo que no haría por nadie, lo hice por ti, Dios mío... En aquel amanecer, cuando todo me sonreía... viniste a disponer otra cosa muy contraría a las ilusiones que yo me había hecho... Te dije que sí, que te seguiría hasta el final... siempre tuya, contigo a todas partes...*".

Había descubierto que mi lugar estaba ente las Hermanas de la Consolación. Lo que yo quería vivir, ellas lo tenían por carisma, era su vida. Desde el primer momento, sentí que era en la Consolación, donde iba a poder desbordarse mi capacidad de amar. Era aquí donde el Señor me esperaba. El Claustro de la Casa Madre me rodeó como en un abrazo. Empezaba mi

Postulantado. El fuego del Espíritu que consuela el corazón y lo transforma, comenzó a trabajar profundamente en mi ser. Hoy, desde Dios, contemplo el nuevo Claustro y las nuevas generaciones de jóvenes llamados, y me gozo, porque esa misma semilla, regada por la gracia del Altísimo, sigue produciendo frutos de consolación.

Pero volvamos a mi historia. El tiempo fluye y nos trae, como las olas del mar, la aguas profundas de nuestro futuro.

En el paso al Noviciado, abracé mi hábito con honda devoción... era el sayal que me ayudaba a liberarme de las apariencias y a volcarme en las cosas del Señor. Contemplé con amor mi crucifijo. Era el símbolo que me recordaba el amor del Señor y el sentido de mi entrega. Fue un tiempo hermoso el de mi Noviciado. En mi corazón, la paz echaba hondas raíces, a la vez que me iba fortaleciendo para la batalla de la vida, en la que, a veces, habría mareas profundas, que purificarían mi espíritu... Estaba aprendiendo a darle a Jesús todo mi ser, a disponer mi tierra para que diera mejores frutos. Yo tenía que ser noticia del Dios que consuela, cauce de la Consolación de Dios.

Y llegó el día de mis Votos, el día de mi Consagración al Señor. Me rodeó el cálido amor de las Hermanas y el cariño entrañable de mi familia. Yo había dado un "SI" definitivo. El Señor me prometía su eterna fidelidad. No había reservas ni condiciones en mi entrega. El Señor iba realizando su obra y yo, feliz, le dejaba hacer.

Después de la experiencia del segundo año de Noviciado en el Colegio de Burriana, en medio de las vidas que comienzan, viajé de nuevo...

En Villarreal me esperaban las vidas que iban al ocaso: los enfermos tuberculosos, la plaga de aquella terrible época de fin de una guerra que había destruido España. Noches de vela y oración ante el enfermo. Noches de oración y vela ante la imagen de Jesús sufriente...

Años después me trasladé con los mismos enfermos a mi hogar definitivo: el Sanatorio de Castellón. El Sanatorio "La Magdalena"... Lugar de dolor y de gracia, el espacio del amor. Mis tuberculosos, mis pobres, mis abandonados de todos, eran mi tesoro.

Yo había aprendido del ejemplo de mi Fundadora, como lo aprenden hoy nuestras Hermanas, la misteriosa ciencia del amor, que se hace concreto entre la debilidad, el desamparo, la marginación y el dolor. Entonces, cuando faltaba todo: medicinas, comida, mantas, colchones... y a veces hasta el amor de la familia, yo les daba mi comida y mi tiempo, mi afecto y mi escucha, y remediaba las cosas como podía... A veces no se me entendía y se me interpretaba mal, pero el Señor me consolaba en lo más profundo de mi ser, y consolaba a través de mí.

¿Sabes? Me gustaba escribir cartas a Jesús en las hojas de mi cuaderno, y leérselas de nuevo ante el Sagrario. Ante El hacía pasar las esperanzas de los que nada tienen... Me dolían los pobres de la tierra, las víctimas de un mundo loco. Le presentaba las ilusiones de los que sólo poseen sueños, y las esperanzas imposibles de los que no se atreven ni a soñar... Y en el silencio del encuentro, oía en mi corazón, muy hondo y muy cierto: "Consuela, consuela a mi pueblo". Pero Señor, ¿qué puedo hacer? ¿Basta una vida? ¿Basta mi entrega?. Hubiera querido estar en los mil mundos donde el dolor y el hambre de Dios desgarran al hombre,

pero yo era limitada y me asustaba sólo de pensar que pudiera ser enviada lejos, más allá del mar, donde, -pensaba, tonta de mí- que no sabría qué hacer, ni cómo darme... Además, andaba mal de salud... bastante mal.

Entonces, me hice misionera desde la distancia. Y todos los enfermos del Sanatorio llegaron a ser misioneros desde sus camas. Ni uno solo rehusó ofrecer sus sufrimientos en bien de los hermanos más necesitados. Rezar por ellos, colaborar con la tiendecita misionera, trabajar en lo que podían para poder enviar alguna ayuda material, llegaron a ser cosas normales en nuestro Sanatorio. Nuestra Casa y la pobre choza de mi cuerpo, vencido casi por la enfermedad, querían aportar vida y sonrisas a otras chozas y a otras vidas...

Y así, otros comenzaban a entregarse más de lleno, al paso que mis fuerzas, poco a poco, se iban escapando... La Palabra del Señor me sostenía: "El nos consuela, para que podamos nosotros consolar a los demás, con el consuelo que nosotros recibimos de Dios... Si somos atribulados, es para vuestro consuelo y salud". El ser vida para otras vidas, me compensaba de la espera del Amado... Pero yo deseaba, con todas mis fuerzas, irme ya con El.

Y llegó el momento de partir. Cuarenta y seis años tenía, y me sentía como una niña que estrena su ilusión. Y desde entonces, se intensifica la viveza de mi llama, cada vez que consoláis... Y sigo volando hacia todos, cada vez que me llamáis, cada vez que os entregáis... Sí. Desde Dios, sigo estando aquí a tu lado, contigo, haciendo camino, animando tu paso.

Me fuí con mi Dios, al mediodía, la hora de la luz... Era un día de la Virgen, como lo fue el día en que nací. Y mi corazón cantaba...

Ya no hay oscuridad en mi camino,
Es de Dios la luz que está llegando.
Es de Dios el consuelo que me inunda,
Es El, mi Señor... ¡Me está llamando!
Fundida en un abrazo, al cielo me despierto...
Dios en mí y yo en El...
Unidos para siempre,
Como siempre lo he soñado...
¡Ya he llegado!